

Perspectivas en la educación familiar

ELENA SÁNCHEZ GARCÍA
Universidad de Salamanca

Es universalmente admitido que el hombre necesita del contacto de otros hombres para madurar y hacerse adulto. Es este un principio evidente puesto que el recién nacido, en soledad, quedaría sin la capacidad de supervivencia. Puede valorarse de diferente manera la cualidad del contacto adulto-niño, el cómo del mismo, la finalidad del proceso, pero nunca la existencia del mismo. En la necesidad mutua de adultos y niños se encuentra uno de los más importantes meollos de la existencia del hecho educativo. El adulto necesita del niño para perpetuarse en el mundo y, con ello, como reconocía Unamuno, trascender a su propia naturaleza cumpliendo de alguna manera sus ansias de inmortalidad; al tiempo, garantiza la supervivencia de unas conquistas culturales a las que lenta y trabajosamente ha accedido la humanidad. Paralelamente los miembros más pequeños de la comunidad necesitan del apoyo adulto para conquistar su propia madurez.

Esta referencia inicial nos conduce a otros derroteros. Es claro que el hecho de educar es tan antiguo como el hombre. Educar es amar, cuidar, nutrir, guiar..., y todos los niños de cualquier época han necesitado de ello. Pero la educación debe conseguir, al mismo tiempo, que sea el propio sujeto el que acabe elaborando sus personales esquemas y pautas de conducta; que acceda a una responsabilidad unida al ejercicio de la libertad interior; que se inserte solidariamente en la sociedad y que, desde su trabajo diario, ayude al progreso de la propia sociedad. En definitiva que el protagonista y, por lo mismo, sujeto activo de su propia educación es el ser humano en cualquiera de los estadios evolutivos por los que atraviese. El adulto será el punto referencial próximo, el guía cercano y estable pero, sin

duda, la experiencia es algo personal y difícilmente se aprende de la experiencia de otros por más que a los educadores les cueste constatar este hecho.

Sin duda que en esta circunstancia topamos con uno de los primeros escollos. De alguna manera todos los adultos han ejercido la tarea de educar. Inexorablemente también han sido objeto de una educación por parte de los adultos que les han rodeado. En consecuencia, es fácil opinar sobre este fenómeno que siendo tan antiguo como la humanidad es, por desgracia, todavía no comprendido en su plena extensión. Por ello, resulta bastante frecuente escuchar opiniones de todos los gustos sobre lo que es una buena o mala educación o sobre la conveniencia de un estilo disciplinar u otro; se aconseja con facilidad y, a veces, con ligereza; no es raro enjuiciar comportamientos o actitudes y, casi permanentemente, la tradición o el sentido común individual se transforman en puntos referenciales de acción en un tema tan delicado como es el educativo. En resumen, se opta por una actuación bien intencionada pero sin una fundamentación científica. Muy al contrario, conviene desterrar el criterio tan común basado en la creencia de que el trato con los niños pequeños es intrascendente puesto que no tienen un cabal sentido de las cosas o, en otras ocasiones, que basta la buena voluntad como único método educativo. Se hace preciso, en definitiva, llegar a un proceso racionalizador de la educación en cualquier ámbito: familiar, escolar, de ocio, etc.

Aquellos paradigmas educativos que se basan en la tradición tomada al pie de la letra sin que medie una reflexión sobre lo que es digno conservar del pasado o lo que se debe rechazar por estar periclitado para las demandas presentes individuales o sociales, o, al contrario, apuntarse a los dictados de la última moda por el simple hecho de seguir acríticamente lo que parece más novedoso, a costumbres tal vez extrañas para nuestro modo de ser o sentir..., suelen ser pautas de actuación que, aunque frecuentes en ambos casos, poco tienen de auténticamente educativas.

No debe contemplarse, pues, en la tarea educadora de los padres el simple espontaneísmo ocasional ya sea dictado por el pasado o por el presente. Esto no quiere decir que se deban encorsetar las relaciones padres-hijos con lo que se puede acabar adulterando el propio clima relacional de la familia. Una cosa es que la vida familiar sea espontánea donde la libertad de expresión o la manifestación positiva del afecto sea la norma habitual de conducta y, otra muy diferente, que los padres carezcan de unos mínimos objetivos educativos, bien concienciados, a los que adecuar su conducta en orden a la formación del propio hijo. Este planteamiento no tiene por que chocar con la dinámica natural propia de la vida de familia.

Llegados a este punto hemos de tener presente que se suelen utilizar una serie de ideas relacionadas con los cambios familiares, permanentemente traídas a colación por autores de las más diversas disciplinas, que se han transformado ya en verdaderos lugares comunes a los que se suele recurrir con facilidad pero que, al menos en el ámbito conceptual, debieran estar ya superadas. Otra cuestión diferente es que la realidad ofrezca múltiples aristas que hacen posible constatar esos «tópicos» pero no hemos de olvidar que, en el progreso de la humanidad, las ideas preceden casi siempre a la acción y que el cambio social del que son motores se produce lentamente. Sin embargo, ello no obsta para que intelectualmente podamos estar de acuerdo con lo periclitado de algunos principios. En el análisis del ámbito familiar es frecuente oír por ejemplo:

1. *La emancipación de la mujer es un factor de cambio social*

Es este un tópico permanentemente utilizado por sociólogos, psicólogos o educadores, entre otros, y que los estudios empíricos se encargan de demostrar fehacientemente. Ciertamente que, con toda probabilidad, es este el factor de cambio social más definitorio del siglo XX. Se sustenta en la idea, asumida casi universalmente en nuestro entorno cultural, de que el hombre tiene muy diversas formas de realización personal, siendo el trabajo una de las más básicas y significadoras de su propia condición humana. Ahora bien, el modo en que cada uno escoja sus modos de acción (doméstico o extradoméstico, por simplificar) debe transformarse en una opción personal en libertad y esto vale, en nuestra opinión, tanto para hombres como para mujeres. Lógicamente, en consecuencia, cada persona debiera tener la posibilidad de servir a la sociedad y realizarse a sí misma en la actividad que responda más a sus intereses vocacionales y a sus capacidades de índole aptitudinal.

2. *La diferenciación de roles en el trabajo doméstico*

Hoy es admitido por todos, al menos en el terreno de los principios, que no deben existir diferencias fundamentales en la conducta del hombre-mujer en el ámbito intradoméstico. Es difícilmente justificable la «doble jornada» femenina y la única «masculina» cuando los dos tienen responsabilidades profesionales extradomésticas. La realidad, ya lo apuntamos antes, irá en no pocas ocasiones por otros derroteros, pero sin salirnos del terreno de los principios esto es difícilmente rebatible.

3. *El padre, la autoridad; la madre, el amor*

Que la vida familiar precisa de una autoridad, de una organización coherente, más bien, es algo que nadie puede poner en duda; que los niños para desarrollarse cumplidamente y con armonía interior, necesitan ver satisfechas sus demandas afectivas, es una afirmación obvia. Lo que no parece tan claro es que estas dos demandas se tengan que desarrollar bajo el estereotipo tan frecuente de que la mujer es la única detentadora del afecto y el hombre el depositario de la autoridad. Lo que puede valer para una pareja es desmentido rotundamente en otras. En nuestra opinión, sólo un estilo de educación represora y estereotípada ha llevado al convencimiento personal en el sentido de que la manifestación del afecto es casi una «debilidad» propia del sexo femenino, cuando, muy al contrario, es una de las características humanas más nobles, aunque hemos de reconocer, que poco desarrollada desde la educación. Sólo la fuerza de lo cultural del que participa en gran medida el proceso educativo —no en vano éste es en gran medida un proceso de enculturación (C. Camilleri, 1985)— ha considerado a la mujer bajo el estereotipo del dominio de los sentimientos.

Ambas cosas, amor y autoridad, son necesarias para el desarrollo integral del niño y ambas pueden y deben ser ejercidas por los padres puesto que los dos están capacitados para ello. Indudablemente esto no supone que la interacción familiar se transforme en una lucha por ver quien ejerce el poder o quien detenta el afecto y, de producirse, sólo sería reflejo de algún tipo de patología.

Por tanto, cuando en las páginas que siguen tratemos el tema educativo, nos estaremos refiriendo siempre a la familia como tal y no del rol paterno a materno, sin que ello quiera decir evidentemente que se identifique plenamente al padre y a la madre, la propia biología establece unas diferencias. Pero cuando hablamos de estilos educativos o de posibilidades de desarrollo personal, por ejemplo, tanto nos referimos a uno como a otra.

Además se hace preciso encarar el futuro teniendo muy presente las enseñanzas del pasado (la historicidad del hombre es un elemento definitorio) pero desde una perspectiva intelectual abierta sabiendo que existen conductas que, aunque todavía tienen una vigencia significativa aunque seguramente residuales, no podemos diseñar el proceso educativo para que sean perpetuadas.

LA FAMILIA Y LO EDUCATIVO

La sociedad ya casi del siglo XXI, como se dice tantas veces, es complicada, ahoga con frecuencia al individuo y los padres suelen encontrarse inermes ante situaciones que les son nuevas y que no

tuvieron posibilidad de experimentar en sus familias de origen. Como pone de relieve Galli (1991) si bien son necesarios cambios económicos y sociales —lo que no se pone en duda— la sociedad de este finales del siglo xx se encuentra con una auténtica crisis de la conciencia moral o de los valores que hace que la sociedad y, por lo mismo la familia, sea especialmente vulnerable. Son muchos los autores que se lamentan de este estado de cosas, por lo que, muy lentamente, estamos presenciando cómo los propios dirigentes de la sociedad van cayendo en la cuenta —tarde, como casi siempre— de este fenómeno (E. Sánchez, 1994). Por ejemplo, Rof Carballo (1976, 1980), veía ya con preocupación que se discuta tanto del divorcio o aborto, de la fecundidad artificial, de parejas polivalentes, etc., mientras se deja de lado el verdadero meollo de la cuestión que no es otro que la disminución de la tutela diatrófica, el raquitismo a la hora de otorgar ternura o la asfíxia del diálogo familiar. Estos tres ingredientes: tutela, amor y diálogo, son los elementos claves en la conformación de la personalidad humana. La tutela para que el niño o adolescente se sienta protegido y afiance, al tiempo su sentimiento de seguridad. Amor, porque es un elemento clave en la elaboración de la autoestima personal pero siempre que sea dado sin egoísmos, sin adulterar ni cosificar. Diálogo, porque no deja de ser curioso que, cuando se habla tanto del diálogo en la familia, se encare, casi siempre, desde la perspectiva del problema que se plantea cuando no existe, pero se obvie el hecho de que es el gran método educativo del que disponemos en cualquier contexto y, muy especialmente, en el familiar. Al diálogo como método en lugar del diálogo como problema vamos a dedicar un apartado de este trabajo.

Se comprende que difícilmente se exagerará la importancia que tiene la familia y, por lo mismo, los padres en orden a conseguir la maduración de sus hijos. Pedagogos y psicólogos de las más diversas tendencias lo han puesto de relieve de tal modo que, cuando faltan las imágenes paternas, es importante sustituirlas por el bien del propio niño (los trabajos ya clásicos de Spitz, Bollwy o Sullivan sobre la problemática de la privación afectiva o las condiciones del desarrollo normal del niño; los propios principios Freudianos sobre la importancia de la infancia; los innumerables trabajos sobre la relación que existe entre el equilibrio psicoemocional del niño y la familia o, en el campo escolar, los que se refieren a la relación entre la adaptación familiar y el éxito escolar del niño —desde los primeros trabajos de Gesell en 1956 a los de Bloom, 1964; Keeves, 1972; Barreales Llamas, 1973; Forquín, 1979; Schiefelbein y Simmons, 1980; Recarte, 1983; E. Sánchez, 1990..., y un largo etcétera—, son una muestra casi simbólica de la cantidad de literatura que ha aparecido sobre estas cuestiones). Cuando falla la familia, sobre todo en su esfera afectiva, los hijos se verán seriamente bloqueados en el reconocimiento de sí mismos como personas valiosas y dignas de ser queridas lo que quiere decir que una carencia afectiva puede bloquear seriamente su autoestima y convertirse en el

escollo constante para su vida posterior. Por ello, no es infrecuente que reaccionen buscando nuevas relaciones que intentan suponer otros vínculos emocionales, a veces positivos, otras no tanto y, en alguna ocasión, francamente perjudiciales. Todos ellos buscan, como señala Rof Carballo (1980) la constitución de una «urdimbre afectiva» si no la han encontrado en el entramado de relaciones propias del ambiente familiar. En ocasiones la consecuencia suele ser que se establezcan permanentes relaciones superficiales, poco duraderas y, por tanto, cambiantes y en las que la vida afectiva se ve con frecuencia cosificada. En otras ocasiones, los adolescentes o jóvenes pueden reaccionar apuntándose a ideologías no del todo positivas o francamente destructivas, como es el caso de las sectas. También es posible, en tercer lugar, la reacción marginal propia del mundo de la delincuencia o la droga.

Se suele admitir que la educación consiste en el desarrollo armónico e integral del hombre. Ciertamente ningún ser vivo nace con la enorme plasticidad que posee el ser humano y que, unida al largo período de tiempo que tiene que atravesar hasta llegar a la madurez, hace posible la intervención educativa. También es cierto que esta acción suele no terminar con una optimización plena de las posibilidades que cada hombre trae en el momento de su nacimiento. Basta pensar en la formación estética que quizá no hemos recibido, en las habilidades que hemos dejado de desarrollar por falta de experiencia, en el goce literario al que tal vez seamos ajenos porque no aprendimos a degustarlo, o el deporte que presenciamos pasivamente ante el televisor pero que no practicamos..., la lista sería larga sin duda. En términos generales se puede afirmar que la gran diferencia entre unos hombres y otros se reduce pura y simplemente al distinto cultivo personal y no cabe duda que la familia, junto con la escuela y la propia sociedad, son las instancias educativas claves para conseguir este objetivo.

En un primer momento es fundamental que la familia sepa generar en su interior un clima adecuado que satisfaga las necesidades de todos puesto que debe potenciar la personalidad de los que la componen. Pero partiendo de este contexto, es evidente que el cuidado de los miembros más jóvenes tiene unos matices especiales y que incluye el ejercicio de acciones destinadas a una adecuada estimulación del hijo en todos los ámbitos: psicomotrices, estéticos, intelectuales, afectivos, etc.; en suma que ningún aspecto de la personalidad humana debiera descuidarse ya desde el primer momento en que el niño tiene las primeras experiencias de vida. Esta tarea debiera contar con dos requisitos previos:

Primero, la necesidad de impartir una mínima educación de padres sobre cuestiones tan elementales como: principios básicos sobre el desarrollo madurativo del niño, pautas de acción educativa, la función de la relación escuela-familia, entre otros muchos.

Segundo, esta formación de padres que propugnamos huye de encorsetar la vida familiar, como ya dijimos antes, así como de establecer ninguna dinámica de competición en el contexto de la familia. Muy al contrario, el primer requisito que los padres han de tener presente no es otro que el de la aceptación del hijo tal cual es. La dinámica competidora que, por desgracia se ha instaurado en la sociedad tal vez debido a las peculiaridades socioeconómicas por las que atravesamos, no tienen cabida en un contexto que quiera establecer un clima educativo ya se trate de la familia, de la escuela o de cualquier otro ámbito educativo.

Hay que constatar, por otro lado, que poco a poco se va introduciendo entre los estudiosos de las Ciencias de la Educación la preocupación por los temas relacionados con la familia. Tan sólo hace nueve años (1985) escribía yo la penuria comparativa en que se encontraban estos temas en relación con otros propios de la educación institucional; pues bien, los nuevos planes de estudio de las diferentes especialidades relacionadas con la educación (al menos en la Universidad de Salamanca) contemplan ya numerosas materias que podemos situar dentro de la Orientación Familiar, Relación familia-escuela, etc. Todo un síntoma del cambio de perspectiva, sin duda alguna.

EL DIÁLOGO COMO MÉTODO

La capacidad para dialogar la podemos enmarcar en el cuadro más amplio de la comunicación. Como bien insiste V. Satir (1978) toda comunicación se aprende de manera que cuando el niño tiene cinco años ha tenido infinitas posibilidades de vivenciar diferentes estilos de comunicación o bien la precariedad de la misma. Estas variables son importantes porque gracias a la comunicación interpersonal con los que constituyen su entorno vital, le llevarán a construir ideas acerca de su autoimagen, elaborará esquemas acerca de lo que puede esperar de los demás y de sus propias posibilidades de acción dentro de su entorno familiar. A no ser que ocurran hechos excepcionales en su vida, tales ideas se comportarán para él como guías a las que ajustar su vida futura. De este modo sí a través de la comunicación familiar ha vivenciado el respeto, el diálogo como medio de superar conflictos o de comunicar afecto y experiencia, problemas o dudas, es previsible que este se transforme en una pauta de conducta segura para su futuro. Como señala M. Yela acceder a unas actitudes semejantes supone la adquisición de sentimientos básicos como la seguridad, simpatía y autonomía; por el contrario, los sentimientos de inseguridad, dispatía y dependencia originan actitudes de clausura de la personalidad e incapacidad para el diálogo constructivo y creador.

Ahora bien, en el terreno comunicativo no se ha de olvidar que, por debajo de la comunicación verbal discurre una no verbal con fre-

cuencia más poderosa que la primera y, especialmente, en el hecho educativo. Los niños suelen captar sutilmente las diferencias entre uno y otro tipo de lenguaje y el trasfondo que se encuentra detrás de cada modo de comunicación. A través de la expresión del rostro, el tono de voz, la tensión muscular o la misma posición del cuerpo, amenazante o acogedora, detectan fácilmente el auténtico mensaje y en el supuesto que las palabras quieran decir una cosa y el cuerpo o el ademán la contraria, se produce un mensaje confuso, de doble nivel que es muy perjudicial en la comunicación de afectos, fundamentalmente, y siendo este nivel el más íntimo e importante en la relación interpersonal se comprenderá que puede acabar distorsionándose la coherencia del proceso educativo.

En la realidad práctica y, dando por sentado que la relación familiar es espontánea y sincera por lo que no debieran existir mensajes de doble nivel, hemos de considerar que el diálogo verbal debe reunir una serie de requisitos mínimos para que sea fructífero. En nuestra opinión son, fundamentalmente, cuatro.

1. *Discreción*

Se da esta condición siempre que en el diálogo se respeta al interlocutor. Por ello situaciones de exigencia excesiva que mediatizan la libre expresión, unas veces, o de ternura desproporcionada utilizada casi como un medio de coacción a través del afecto entendido egoístamente, otras, coaccionan la espontánea expresión de ideas y sentimientos adulterando la misma comunicación.

2. *Respeto*

Esta actitud puede cultivarse al oír, discutir o corregir ideas o situaciones que vayan apareciendo en el transcurso de la vida familiar. Practicando el respeto se ayudará a respetar al otro, a razonar y ver con objetividad las cosas. Todo esto se encuentra en la base de la conquista de la responsabilidad personal y, por lo mismo, de la autonomía y libertad individual que es una meta indeclinable del proceso educativo.

3. *Serenidad*

Tiene en su base la capacidad de poner equilibrio al enjuiciar cualquier situación por muy tensa que se presente. El diálogo a voces no es diálogo, puesto que, en esas situaciones, la fuerza de los sentimientos suele imponerse a las ideas. Además, la imposición del criterio propio sin escuchar los puntos de vista del otro, transforma el diá-

logo de dos en monólogos a dúo puesto que la comunicación se hace imposible en tales circunstancias.

4. *Firmeza*

Las condiciones anteriores no quieren decir que se carezca o que haya que anular el criterio propio. Muy al contrario, la convivencia familiar requiere de unas pautas de conductas claras y estables, no demasiado numerosas, a los que deben ajustar su conducta todos los miembros de la familia puesto que, en la medida de lo posible, deberían ser aceptadas por todos. En este contexto, saber mantener la opinión personal no debe ser equivalente a autoritarismo. Lo sería si ello fuera unido a una inflexibilidad incapaz de reconocer que la postura inicial partía de un punto de vista erróneo que, precisamente, a través del diálogo puede acabar clarificado.

La firmeza tampoco tiene nada que ver con la falta de criterio que aparece cuando el adulto cambia permanentemente sus ideas básicas dependiendo de las circunstancias exteriores.

FAMILIA, EDUCACIÓN, SOCIEDAD, CALIDAD DE VIDA

En un momento como el actual que existe una sensibilidad social tan acusada, sobre todo en el mundo occidental (King y Schneider, 1992), sobre qué es y en qué consiste una verdadera calidad de vida, conviene aportar unas breves notas sobre cuestión tan importante y que se encuentra estrechamente relacionada con la educación y la familia.

Hasta ahora se ha considerado comúnmente a la Sanidad y Educación como los dos ejes fundamentales a los que debe atender un Estado instaurado en la Modernidad. No obstante, en la realización concreta del bienestar quizá por un exceso de pragmatismo y por las corrientes consumistas impulsadas desde la producción industrial, en nuestro entorno se ha identificado el bienestar como la posibilidad de acceso a los mayores bienes materiales; el «consumidor satisfecho» en palabras de Tierno Galván.

Pero el camino por el que el hombre necesita obtener cada vez más cosas que le brinda sabiamente la propaganda, impacta de lleno sobre la propia capacidad de libertad humana, puesto que esta sociedad del bienestar-técnica-informada priva al hombre de la posibilidad de ejercer el espíritu crítico y, por lo mismo, anula en buena medida su decisión autónoma.

Poco tiene que ver esto con lo que hemos expresado en las páginas anteriores: desarrollo pleno del hombre en todos sus aspectos, convivencia a través del diálogo e inserción solidaria en la sociedad. El

exceso de practicidad ha anulado en buena medida la capacidad de utopía y el planteamiento de metas a largo plazo. Creemos que es fundamental recuperar las dos cosas. Utopía enmarcada en la realidad puesto que sin ella el progreso de la misma sociedad es raquítico cuando no imposible. Capacidad de una visión a largo plazo puesto que las visiones cortas entorpecen la búsqueda de nuevos horizontes.

Es cierto que existe un consenso teórico desde hace mucho tiempo de que el motor de los pueblos no es otro que el de la educación y que es ella la que debe aportar al hombre la capacidad de pensamiento autónomo y de formación permanente. Esta es una idea muy vieja (expresada ya en España a finales de los años 60 por el antiguo ministro de Educación Villar Palasí cuando presentó la reforma que dio paso a la EGB) pero cuya realización práctica se encuentra a cada paso con innumerables escollos. Probablemente el problema consiste en que se hace una visión de lo educativo en un plano estrictamente escolar olvidando, seguramente, que la sociedad de hoy es dinámica y presenta múltiples facetas, por lo que, algo tan delicado y complejo como la educación no puede ser abarcado exclusivamente desde la órbita escolar, por muy importante que sea esta instancia, que con seguridad lo es.

El análisis de lo que nos rodea pone de manifiesto que uno de los escollos más importantes con los que se puede encontrar la acción educativa está asentado en la propia familia y que es en este importante ámbito donde, en primer lugar, el niño frena o estimula sus propias posibilidades de desarrollo que es tanto como decir de calidad de vida futura. Esto nos llevaría, como ya apuntamos al principio, a la necesidad de impartir una educación de padres. El tema es sin duda controvertido y cuenta con detractores y partidarios del mismo. Tal vez la raíz de la polémica se encuentre en que algunos atisban peligros de dirigismo ideológico a través de la educación de padres. Sin embargo, cuando defendemos la necesidad de encarar una educación para la vida familiar no me estoy refiriendo a ningún tipo de interferencia en el ámbito privado de la familia. De la misma manera que se realiza una acción sistemática del cuidado de la madre gestante y que, a través del profesional idóneo, se la va orientando sobre los cuidados físicos del bebé, del mismo modo debieran conocer los padres todo lo relacionado con la educación desde una perspectiva práctica y científica. Con ello se les dotaría de una mayor seguridad para afrontar la tarea tan importante como es la de ser padres y se desdramatizarían muchas situaciones que, teniendo su origen muchas veces en pequeños problemas, se exagera su importancia no pocas veces por ignorancia de los padres. La propia acción de la escuela podría beneficiarse de esta formación previa facilitándose el diálogo padres-profesores con una estructura participativa que pretende impulsarse hoy desde la propia Ley de educación.

Desde luego, estamos en la creencia de que sólo desde la realización práctica de lo que representa una educación integral desde que

el niño atisba los primeros inicios de su existencia, se puede hablar con propiedad de una futura «calidad de vida», es decir, aquella que marca el énfasis en el goce derivado de su desarrollo interno y en diálogo permanente con el mundo, en lugar de la satisfacción momentánea y fugaz de las necesidades generadas artificialmente desde el reclamo de fuera.

BIBLIOGRAFÍA

- Camilleri, C. (1985), *Antropología cultural y educación*, UNESCO, Lausana.
- Fullat O., Sarramona, J. (1984), *Cuestiones de educación* (Análisis bifronte), Barcelona, CEAC.
- Galli, N. (1976), *La pedagogía familiar hoy*, Barcelona, Herder.
- Galli, N. (1991), 'Nuovi orizzonti dell'educazioni familiari', en *Educare nella societa complessa*, Brescia, La Scuola.
- King A. y Schneider B. (1992), *La primera revolución mundial*, Barcelona, Plaza y Janés.
- Carballo R. (1976), 'La familia, diálogo recuperable', en *La familia, diálogo recuperable*, Madrid, Karpos.
- Carballo R. (1980), 'Relaciones padres e hijos y revolución de la misinidad', en *Relaciones familiares padres e hijos*, Madrid, Karpos.
- Sánchez, E (1985), 'Principios de educación familiar', en *La familia una visión plural*, Salamanca, U.P.S.
- (1990), *Ambiente familiar, conducta y rendimiento escolar*, Salamanca. Diputación de S.
- (1993), 'La relación familia-escuela', en *Pedagogía familiar*, Madrid, Narcea.
- (1994), 'Familia y educación', en *Familia en un mundo cambiante*, Salamanca, U.P.S.
- Sánchez Torrado S. (1991), *Educación de adultos y calidad de vida*, Barcelona, El Roure.
- Satir, V (1978), *Relaciones humanas en el núcleo familiar*, México, PAX.
- Yela. M. (1980), 'Familia y nivel mental', en *La familia, diálogo recuperable*, Madrid, Karpos.

SUMARIO

The point of departure of the article is an analysis of family education, describing in detail some habitual topics, which according to the author should be removed from such an analysis of the family. The article raises the importance of early educational action in all aspects of infancy and the use of one of the great educational methods in the dialogue. Finally, the offers an analysis of the relationship which exists between family education and quality of life.